

APOLOGÍA A UN PADRE: MELODÍA QUE SE QUEDÓ EN EL PASADO (...Y A OTROS BAILADORES COMO ÉL)

POR: ANGÉLICA MARÍA SANCHEZ

Tenía 16 años, pantalones cortos, sin plata y con hambre: así llegó mi papá a Cali. Un tunaqueño, un migrante de la Costa Pacífica que al igual que otros, se encontraba desorientado y buscaba un lugar para quedarse, sin embargo, mi papá nunca ha dicho que buscaba alojamiento o un hogar, siempre ha dicho que buscaba "donde amanecer". Así es él, inmediato, presente, con un futuro latente, pero inseguro.

Llegó a la casa de Rosalía (amiga de gamas, la adaptó. Era una adaptación condicionada a la plata que llevaba a la casa; por eso, ella misma lo recomendó para su primer trabajo: aseador. Con un sueldo digno, su primer trabajo fue la llave para la felicidad y la libertad. Una vez entregada la parte de Rosalía, el resto era solo para él: ropa, perfumes, música y sobre todo jumbal.

Con dinero y libertad, papá se lanzó a explorar las noches caleñas, las calles, los colores, las mujeres, la música, los amigos... todo se presentaba a su oído como una explosión de alegrías y sonidos combinados, unos Unidos a los otros. Su vida nunca sería igual. Todavía recuerdo los espacios de mi casa inundados de ritmos musicales el día entero. No tengo recuerdos de una niñez silenciosa, creo que papá impregnó nuestra vida de todos los ritmos musicales que habitaron su cabeza.

Orlando de Tumaco, recuerdo los ritmos con los que arrullaba a mi hermana menor y como solo pensar que mi papá se "inventaba" las canciones más raras del mundo, pero me gustaba el sonido. Años, muchos años después escuché en los acordes de ChocQuibTown algo que decía "señora: Santiana ¿por qué lora el niño?"

Así pues, cuando papá llegó a Cali, ya tenía un mundo musical, pero en lugar de buscar a sus paisanos en esta ciudad, fue seducido por las novedades que ella ofrecía por doquier. Rosalía le advirtió de las mujeres que "le sacaban plata", y por eso era preferible que le entregara su dinero a ella; entonces, ahora sacaba lo de la rumba y el resto para Rosalía.

La rumba la encontró en el barrio Santa Elena, junto a los amigos de la esquina. No le gustaba el parche de jugar fútbol o de montar bicicleta (porque nunca supo cómo hacer alguna de las dos), pero le gustaba "echar cháchara" con los pelao's y allí, en la esquina, los vio retarse por el mejor paso de baile. Nunca me lo dijo, pero creo que fue ahí donde aprendió a bailar Salsa.

De la mano con "Toño" empezaron a explorar las "grillas" caleñas. Primero en los "agua'e lulo", que se hacían de día y duraban hasta las 9 de la noche, porque a Rosalía no le gustaba que llegara tarde a la casa, si sucedía, no lo dejaba entrar y lo tocaba amanecer donde Toño, a escondidas. Pero cuando "cogió confianza", esa fue su constante, la rumba.

Y cuando dice la rumba, no hace relación al simple hecho de bailar, parece querer hablar de un montón de cosas, todas esas maravillosamente nuevas para él: música, licor, mujeres, disorder. Incluso, al preguntarle sobre una y otra de sus antiguas novias suele decir "¡la conocí en la rumba!"

Séptimo Cielo para los agua'e lulo; Honka Monika, para los muchachos, Juanchito para los oficiales (novias formales) Papá tenía todo un cronograma rumbero. Los enojos de Rosalía se calmaban con un aumento en la mesada y abrazo del formido muchacho.

Con su vinilo debajo del brazo atravesaba la ciudad, no importa si no había plata para el bus, para eso están los pies, lo importante era llegar y encontrarse a sus amigos. En esta rumba mi papá conoció a Amparo Arebalo, a Gustaf, a Jimmy Sabater y a los otros; era amigo de todos ellos, pero nunca fue famoso.

Siempre me lo ha dicho, "No me gusta bailar pega'o, así no se puede mover uno... lo mío es la rumba, no me gusta el amolise". Se le ve bailar siempre contento, libre, relajado; su ley es el movimiento y se puede ver como en el baile expresa toda su personalidad: un hombre descomplicado, amiguelero y vacán; definitivamente sin preocupaciones.



Pronto este ritmo rumbero empezó a invadir sus horas de trabajo, aunque él lo vio de forma contraria, es decir, su trabajo empezó a ser un estorbo en su alegre vida rumbera (diurna, nocturna, sabática y dominical). Una idea empezó a gestarse en su mente: debería tener su propio negocio. ¿de qué? Pues de rumba... ¡una fuente de soda!

Y bueno, ya que no tenía la disciplina que necesita un emprendedor para montar su propio negocio, al menos sí dejó sus trabajos consecutivamente (aunque yo creo que ellos lo dejaron a él) y se empleó en una Fuente de Soda. Es como una especie de panadería con restaurante y algo de bar al mismo tiempo, claro, si le preguntó a mi papá dijo que una fuente de soda es como un "estadito" y hasta ahí llega la definición.

Fuente Azul se llamaba el lugar y era todo lo que soñaba: había música, comida, adultos, niños. Era su definición de un lugar perfecto, donde todos son felices al mismo tiempo y donde siempre hay música. Sus recorridos nocturnos le habían dado "olvido" y pronto se adueñó del focacados del lugar y se convirtió en "el Viejo Jimmy", ¡ponéme Micoela se votó! ¡ponéme una de Daniel Santol! ¡sonóte una de la Celia! Eran los gritos de los clientes de Fuente Azul que encontraron en "El Viejo Jimmy" la complacencia a su gusto musical, y como el cliente siempre tiene la razón, se convirtió en el consentido de los dueños del lugar que veían llegar cada vez más clientes.

Papá había encontrado la forma perfecta para estar en la rumba todo el día. En las noches de grilles se interesó por la procedencia de las canciones y los artistas, así que llegaba al trabajo con nuevo material. Los intercambios de discos Long Play (LP) se hacían sin cesar, y seguía encantando a los dueños y compañeros de trabajo, a excepción de uno, que aunque parecía disfrutar su música y siempre le pedía "un ferrito", no parecía muy entendido en su charla. Era mi mamá.

Vino el noviazgo, el matrimonio y los hijos. En lugar de verlo como un impedimento para su viejo sueño de "montar un estadero", se convirtió en un impulso. Finalmente tuvo el lugar de sus sueños en Puerto Tejada, que se proyectaba como una plaza prometedora en cuanto a música y ritmo, porque no había un lugar como el suyo allí. En la Terraza de Jimmy se escucharon los ritmos provenientes de Cali, Bogalao, San Antillano, Salsa. Sin embargo, el rumbero, el bailarín, el enamorado de los ritmos y las mujeres, salió a flote y se adueñó del lugar. Resultado, un negocio

quebrado: el primero de otros que vendían en adelante. Hasta ahora papá no ha entendido que su amor por la salsa y los ritmos afrocaribeños, como todo amor apasionado, es loco, entregado e irracional.

Hay papá sigue siendo el empleado del negocio de sus sueños, esta vez no es Fuente Azul, ahora es una reconocida "viejoteca" en el Parque Alameda. Con su mente en el pasado, sigue pensando en la música ideal para la gente, en la sucesión de canciones que los llevará a un clima rumbero y tropical y los escribe constantemente en su cuaderno de notas. Ha pasado todas sus LP a cassette, luego a CD y ahora piensa convertirlos todos (de nuevo) a MP3 y "comprase un computador".

"Bailando salsa, papá conoció a Amparo Arebato, a Guatuzi, a Jimmy Sabater y a los otros; era amigo de todos ellos, aunque si él mismo nunca fue fanático."

Evidentemente para él no han pasado los setenta. No han pasado la Fania, ni Celia, ni Amparo Arebato, ni Guatuzi. Creo que en su mente los acordes, la alegría estruendosa, los amigos, los bailarinos anónimos, todos ellos viven placidamente dentro de él y se convierten en palabras que tararea en una canción. Creo que papá es una melodia de Bogalao estancado en un pasado musical que persigue constantemente. Creo también que no es el único, como él, muchas otras melodías caminan las calles de Cali, tarareando recuerdos, entonando ritmos del ayer, bailando en viejotecas, hablando de la salsa y de la rumba.

Hace unos meses asisto regularmente a un "bailadero" donde tocan toda la salsa del ayer, la música preferida de mi papá; pero al mirar alrededor no descubro rostros ancianos (aquellos que fueron jóvenes en los setenta), veo jóvenes cantando letras enteras, bailando, sudando, descubro entonces que la nostalgia de mi padre habita en mí y también en muchos otros más jóvenes que yo. Me doy cuenta que aquellos años setenta fueron tan hermosos, tan estruendosos, tan musicales, que necesitamos varias generaciones para poder olvidarlo o tal vez para poder reinventarlo.

"Septimo Cielo para los aguaceros, Luk, Franko Monja, para los muchachos, Juanchito para las chicas (novias formales). Papá siempre tenía todo un cronograma rumbero."